

CENTAUROS

REVISTA DE LITERATURA

Nº.1

LA REVISTA *CENTAUROS* NACE COMO UNA FLECHA QUE ATRAVIESA ESPAÑA DE SUR A NORTE. CON ESTA PUBLICACIÓN PRETENDEMOS UNIR LAS ORILLAS Y LAS TIERRAS LITERARIAS DE NUESTRO PAÍS BAJO LOS FIRMES CIMIENTOS DE LA TRADICIÓN Y EL PRESENTE. POESÍA, PROSA, ENSAYO Y CRÍTICA, LITERATURA, EN DEFINITIVA, EN TODAS SUS FORMAS Y SUSTANCIAS DAN LA CARA EN ESTAS PÁGINAS QUE RECUERDAN SIMBÓLICAMENTE A ROGELIO BUENDÍA Y SU LABOR CON AQUELLA REVISTA ONUBENSE, *CENTAURO*, QUE DIRIGIÓ A COMIENZOS DEL SIGLO XX, CUYO NOMBRE NOS HONRA RESCATAR. EL BARCO YA ZARPÓ, EL VIENTO SOPLA EN LA VELA, LOS DIOSES ESTÁN DE NUESTRA PARTE; EN PALABRAS DE MESANZA: *MAÑANA EL MAR INMENSO NOS ESPERA.*

D'ORS · GUZMÁN · ALONSO · WILKINS
ROMERO · CUENCA · BONNETT · BEADES
SAORÍN · FERNÁNDEZ · PALOMINO · BARCO
MARTÍN · ROAL · VILLENA · GREGORI
VEGA · CUEVAS · RUANO · VAYA
BRAVO · CINTADO · DÍAZ · BELLIDO



CENTAUROS No.1

OCTUBRE 2022

CENTAUROS - REVISTA DE LITERATURA

Octubre 2022

EDICIÓN

Alejandro V. Bellido
José Cuevas Olmedo
Irene Flores Romero

DISEÑO

Grana Studio (@granastudio)

IMPRESIÓN

Artes gráficas Bonanza

ISSN

2952-055X

DEPÓSITO LEGAL

H257-2022

CONTACTO

revistacentauros@gmail.com
@revistacentauros

Editado en Huelva por
Asociación Revista de Literatura Centauros

CONTENIDO

Poesía

- 1 Miguel d'Ors - Memoria, mala amiga
- 3 Almudena Guzmán - [Habrá que levantarse]
- 4 Dalia Alonso - Escuchando *Bewitched, bothered and bewildered* de Ella Fitzgerald
- 5 Juan Cobos Wilkins - Un poema feliz
- 6 Irene F. Romero - Restos
- 7 Luis Alberto de Cuenca - *Graffito* de Aristónico
- 9 Piedad Bonnett - Fractura
- 10 María Sánchez-Saorín - Dólmenes
- 11 Jesús Beades - Cuando llegue la noche
- 12 Daniel Fernández Rodríguez - Las mañanas felices
- 13 Gudrun Palomino - Todo este mundo sin palabras
- 14 Jorge Barco Ingelmo - Personajes secundarios
- 15 Carlos Fernández Martín - No importa
- 16 Lorenzo Roal - Este huerto
- 17 Luis Antonio de Villena - Ribaldo

Traducciones

- 18 Eduardo Gregori - Cinco poemas de Vicent Andrés Estelles
- 24 Mario Vega - Cinco poemas de Catulo

Narrativa

- 30 José Cuevas Olmedo - Tres relatos cortos
- 34 Francisco Ruano - Cinco relatos cortos

Artículos

- 36 Diego Vaya - Cuando trabajar no es una opción: Robert Hughes y la joven poesía española

Notas de lectura

- 42 José Cuevas Olmedo - *Vida de Mozart* (Stendhal)
- 43 Gudrun Palomino - *Lo que hay* (Sara Torres)
- 44 Luis Bravo - *Geometría interior* (Álvaro Cruzado)
- 46 Fran Cintado - *El canto de la nieve silenciosa* (Hubert Selby Jr.)
- 48 Óscar Díaz - *Los planetas fantasma* (Rosa Berbel)
- 50 Alejandro V. Bellido - *Nombrar la herida* (Javier Bozalongo)
- 51 - *Inclinación de mi estrella* (García-Máiquez)

REVISTA DE LITERATURA

GENTAUROS

NÚMERO 1

OCTUBRE 2022



Miguel d'Ors

MEMORIA, MALA AMIGA

Memoria, mala amiga, debieras aprender
de esos profesionales de la fotografía
que disparan diez veces
para que en una foto salgas joven y guapo,

a ver si conseguimos
que cuando te pregunte por mi vida
descartes tú también los malos gestos
y los momentos torpes
y quede mi pasado reducido
a un manojo de imágenes felices,
perfecto como el *book*
que te imprime una agencia de modelos.

Que en él esté el abuelo
enseñándome cómo se lleva la escopeta,
aquel gol de cabeza contra los de Tercero,
el firmamento helado y espumoso de estrellas
aquella noche que salí por agua
de la borda de Linza,
el destello del sol en la nieve cimera
de la Llana del Bozo, la calle Petritxol,
mis siete hijos gritando
en el salón donde los Reyes Magos
dejaron sus regalos,
pero no mis rincones
de sombra, no los miedos
de aquel niño rizado, no la angustia
de no entender la vida a los dieciséis años,

no la negra intención
con que disparé tantas palabras que dolieron
a alguien y a mí me duelen todavía,
no la ridiculez de mi lujuria (porque
ni como pecador fui generoso),
no -lo dije hace tiempo- estos remordimientos
que llegan a mis noches
como esos gatos muertos que las olas
devuelven y devuelven a la playa.

Almudena Guzmán

Habrá que levantarse.

Habrá que dejar de hundirse
en la tristeza lacia del sofá,
comer las sobras del telediario,
mirar por la ventana
y enfrentarse con cara de póker
al as en la manga del tiempo.

Darles la malta a los gatos,
un espejo al corazón
para que se haga a derechas
la raya a un lado,
tres carantoñas y vitaminas
al calanchoe decaído
con déficit de hematíes.

Habrá, en suma,
que limpiarle los morros
a esta tarde de bestia desaseada.

Habrá, a la fuerza ahorcan, que vivir.

Dalia Alonso

ESCUCHANDO *BEWITCHED, BOTHERED AND BEWILDERED* DE ELLA FITZGERALD

Parece inverosímil: todo sigue
sucediendo aunque tú ya te hayas ido.
Ahora cobran sentido las canciones de radio,
con sus letras tan blandas y su voz
de melodrama.
Continúa la vida
como a trompicones, provisional:
no parece nunca llegar lo siguiente.

Pero, por el momento, ya es abril
y lo que entonces prometía ser un paisaje
repleto de música nueva y nombres
ahora soy yo sentada en esta cama,
de nuevo hablándole al espejo
y leyendo poemas
de los que no te puedo hablar.

El molesto rumor de las canciones
que me enseñaste y que quise aprender
para cantar contigo.

Juan Cobos Wilkins

UN POEMA FELIZ

No escribías poemas, escribías mi vida.

Sin saberlo,
alejabas de mí el imán de la muerte.

Ahora debiera aparecer aquí
un sustantivo ateo, no visible, *felicidad*.
Esa palabra no creyente, no táctil, y abrazar.
Adoptarme.

Pero después de tantos o tan pocos -según-
libros que, al parecer, he escrito
apenas sé qué es

-si acaso

qué no es-

un poema feliz.

Toma, pues, mi mano con la tuya,
como al niño que enseñan las primeras letras,
y que juntas dibujen la nueva biografía:

un verso

que por igual
atraiga a los polos opuestos del inédito amor.

Un solo verso
que no imante, gemelas, felicidad y muerte.

Irene F. Romero

RESTOS

Suena *Blanca Navidad* tras un fondo
de vestidos con lentejuelas;
la gente brinda, se hace fotos, ríe
y ellos se reúnen en torno a la mesa
sin pensar que quizá esta sea la última cena
que compartan con los suyos;
pero como aquellos villancicos
que se oyen lejanos en las calles
al compás de unos jóvenes
que se besan
se oye el débil crujido
de una rama:
lo que quedó del amor
después de tantos años.

Luis Alberto de Cuenca

GRAFFITO DE ARISTÓNICO

para Chus Visor

Heródoto nos cuenta cómo el revestimiento exterior de las grandes pirámides de Guiza, lo mismo que los célebres Colosos de Memnón, se encontraban entonces cubiertos de *graffiti*, pintados por los griegos que viajaban a Egipto en busca de respuestas que los grandes filósofos de Grecia no sabían dar a sus compatriotas. Responder a preguntas sin respuesta era algo privativo de Egipto, de manera que aquellos turistas primevales, tras gastarse sus dracmas en videntes y magos a cambio de liturgias y letanías vacuas para alejar la muerte, dejaban en la piedra grabados sus poemas, sus promesas de amor, sus angustias más íntimas, todo lo que traían dentro del corazón. Muchos de esos *graffiti* se nos han conservado. Ninguno como aquel que, con mano temblorosa, dejó el viejo Aristónico en la pierna derecha de uno de los Colosos, y que decía así en perfectos hexámetros (y seguirá diciéndolo hasta el fin de los tiempos): «Aquí estuvo Aristónico, y aquí estará mañana, cuando Tebas no sea más que un montón de ruinas en medio del desierto. La trinidad egipcia me concedió la vida eterna, y desde entonces he cambiado de nombre muchas veces. Tan pronto viajo desde el pasado a este presente, como me proyecto a un futuro

donde solo yo existo. Osiris, Isis y Horus olvidaron la fórmula de conmutar mi pena y volverme mortal. Mi nombre verdadero os lo he dicho: Aristónico. Pero no lo merezco. He obtenido a lo largo de mi vida una única victoria, y esta ha sido contra la muerte. Nada puede librarme ya de un triunfo que conduce a la peor pesadilla: vivir yo eternamente mientras todos los hombres y mujeres del mundo van muriendo y dejándome más solo cada día. ¡Maldita sea la hora en que pedí a la santa trinidad que me hiciese inmortal! Nada puede ser, a la postre, más cruel y doloroso que la inmortalidad para el género humano».

Piedad Bonnet

FRACTURA

Anoche volví en sueños al tiempo del amor
como a una antigua ciudad revisitada
que prodiga distinto los asombros:

lo ya visto surgiendo
de esa manera cruel con que los sueños
abren sus pasadizos y devuelven
a lo muerto un temblor resucitado

y en aquel tiempo tú

y yo pasado el tiempo

como en un imposible *remake* que nos arroja
al bucle de una eterna paradoja.

María Sánchez-Saorín

DÓLMENES

En un punto de la sierra de Guadix
hace miles y miles de años,
un grupo de individuos decidió
enterrar a sus muertos,
y construyó con piedras edificios
en los que venerarlos.
Para ello se sirvieron de la fuerza
única de sus brazos,
que no cargaban pesos superiores
a aquel de la memoria.

No demasiado lejos,
en un barranco que es de Víznar,
ocho décadas para atrás,
distintos individuos no levantaron nada
porque tenían que esconder.
Y aunque esos muertos
no fueron enterrados por los suyos,
ni eligieron lugar,
pusimos una lápida
e inauguramos otro dolmen.

A los seres humanos nos desgarran el recuerdo.

Jesús Beades

CUANDO LLEGUE LA NOCHE

A mí dejadme aquí
en el patio de cal con sombras suaves
junto a la puerta abierta y con el tendedero
enarbolando bragas toallas con palmeras
como banderas limpias del verano
y la siesta profunda
y el vino en el corral con buena música
y libros sin urgencias ni propósito
a mí dejadme así
sin un recuerdo agrio que llevarme a la boca
sin los remordimientos
que arañan en la herida de aquel amor difunto
dejadme dormitando
en este patio blanco entre macetas
en esta bendición lejos del mundo
yo cerraré la puerta y negaré tu rostro
cuando llegue la noche.

Daniel Fernández Rodríguez

LAS MAÑANAS FELICES (AÑO 2078)

Por las mañanas no hay quien te levante.
Tú, en vez de limitarte a protestar
por el sol inclemente o los alumnos,
con tal de no alejarte de la cama
me brindas un sinfín de monerías
que convierten la albada de los clásicos
en un salón de juegos infinito:
te finges diplodocus perezoso,
lanzas los calcetines por los aires,
enseñas el trasero a las de enfrente
o exploras la caverna de la almohada.
Yo no sé si rezar por que este cinco
de abril del 22 no acabe nunca
o pedirle al Señor que se espabile,
le dé cuerda a la vida y se nos lleve
a una mañana en que una *principessa*
coqueta y adorable que se esconde
debajo de las sábanas (la piel
caída y siete dientes en su sitio)
da comienzo otra vez al espectáculo
que es verte enderezar un nuevo lunes,
antes de que tú y yo nos preguntemos,
muy serios tras zamparnos seis pastillas
con el pan desmigado en el café,
si en mañanas como esta, en las mañanas
de nuestra juventud, acaso fuimos
—qué ilusa es la nostalgia de los viejos—
más felices que en todas las que, amor,
te quedan por vivir junto a este anciano
tembloroso, gruñón y barrigudo
que siempre estará ahí cuando despiertes.

Gudrun Palomino

TODO ESTE MUNDO SIN PALABRAS

Escondí en una caja debajo de mi cama
todas esas palabras que recuerdo
por si vienen de nuevo a arrebatármelas.

Es el vacío, el vacío de la inmensidad
el que me hace temblar.

Si la infinitud del vacío vuelve a por mí,
¿qué haré; volveré a hablar?

Qué he hecho yo para merecer
todo este miedo,
toda esta soledad,
todo este mundo sin palabras.

Jorge Barco Ingelmo

PERSONAJES SECUNDARIOS

Llevo a Guille al rodaje de la historia de mi vida.
Una cámara sigue a los dos actores que nos encarnan
desde la plaza mayor hasta el chino de la calle Juan del Rey.
Guille (el actor) está contando a mi yo mucho más joven
anécdotas sobre los edificios que se cruzan.
Se paran y contemplan y señalan, todo en un mismo plano,
haciendo ver (me dijo el director) que tienen por delante
todo el tiempo del mundo.

El ambiente alrededor ha vuelto a los noventa:
está de nuevo el medallón de Franco, manchado de rojo,
se ve a Torrente Ballester a lo lejos (a un actor)
cómo llega al Novelty con su familia (actores todos)
por lo que debe ser domingo en esta historia.

Guille y yo (ellos) salimos por la plaza del Corriño,
donde un Adares idéntico al que fue
vende en una esquina sus poemas.
Vamos hablando (ellos) sobre música, parecemos felices,
indiferentes a una vida
condenada a ser un fracaso de taquilla.

Carlos Fernández Martín

NO IMPORTA

No importa. Cierra
ya la luz de este poema
que en ti comienza, aplaca
el impulso, hazlo ceniza.
¿A quién le va a importar esto?,
lo que haces, dime, ¿a quién?
si acaso, solo a quien te ama, ¿y a ti?
No. Da igual. Sí. No importa.

Lorenzo Roal

ESTE HUERTO

*Aceleraste mis latidos
y es que me gusta todo de ti.*

Rauw Alejandro

Recuerdo que hace poco
—aunque el tiempo me ofende si lo pienso—
te comparé a una flor brillante que crecía
entre la oscuridad del bosque, pero
ahora que tan solo y brevemente
busco cruzar mi vida con la tuya
—si sigo en la metáfora te pienso
como aroma que alumbra los aromas—
no sé qué hacer, porque ojalá pudiera
darte terreno fértil y cuidarte
y que de mí sacaras este huerto que al verte
rebosa y calla, se ensombrece y bulle.

Ojalá el tiempo pueda concederme
otro segundo más, allí, contigo.
(Que escogerá la ofensa, no lo dudo.)

Luis Antonio de Villena

RIBALDO

Inicio salvaje del verano: acero y sol.
El verano es salvaje o no es en absoluto.
Un muchacho, algo mayor que su apariencia,
playeras, bermudas, camisa volandera,
se agacha en el fragor del mediodía
a recoger una colilla del suelo, junto al buzón.
Se aparta y la enciende. Mira alrededor
buscando todo y nada. Reluce el esplendor
de su cabello revuelto y su mirada turbia.
Cruzamos sensaciones. Está entre la desesperación
y el gozo. Podría pedir cualquier cosa.
Del bolsillo saca una lata de cerveza
y la bebe. Estará muy caliente, supongo.
Se apoya en la veranda del Metro. Quiere
la explosión de los sentidos o la muerte,
que es pareja. Espera bajo el sol
como hace siempre la juventud verdadera:
Todo se permite si todo se destruye.
Refulgen sus piernas y sus ojos.
Una bala de fuego cruza el aire
y un aroma de sexo y jazmines nocturnos.
Es el inicio del verano: belleza convulsa.
El verano es salvaje o no es en absoluto.

Vicent Andrés Estellés

CINCO POEMAS

Nacido en el pueblo de Burjasot (entonces alejado de la ciudad; hoy integrado plenamente como un barrio de Valencia) Vicent Andrés Estellés está considerado el mejor poeta valenciano en lengua catalana desde Ausiàs March (siglo XV). Dedicado profesionalmente al periodismo, trabajó toda su vida como redactor del diario local *Las Provincias* hasta su jubilación anticipada, motivada por presiones políticas, en 1978. Entre sus numerosos libros destacan *Ciutat a cau d'orella* (Ciudad susurrada al oído) de 1953, *Llibre de meravelles* (Libro de maravillas) de 1971, el largo poema unitario «Coral romput» («Coral roto») de su libro *La clau que obri tots els panys* (La llave que abre todas las cerraduras), también de 1971 o el conjunto de epigramas recogidos en *Les pedres de l'àmfora* (Las piedras del ánfora), de 1974. Poeta sensual y vitalista, su obra está marcada por el erotismo y por la celebración gozosa (y, al mismo tiempo, nostálgica y trágica) de la vida.

Traducción del catalán y biografía de
Eduardo Gregori

DOCUMENTALES

[de *Llibre de meravelles*]

Has vivido plena y dolorosamente
en un tiempo y un país, has vivido en Europa
unos años determinados. Ahora pasan películas,
documentales de aquel tiempo, de tanta miseria.
Se estremecen los hijos. ¿Solo existían la guerra,
las delaciones, el tacto de los codos, solo el hambre?
Oh, sí, también teníamos, como la cebolla que germina,
un amor impensado para toda la vida:
se escondía en los cines, en las últimas filas;
presumían los jóvenes, agarrados del brazo:
prudentemente se soltaban al llegar a casa.
¿Los besos, los abrazos? Oh, sí, también había,
como había también un sentimiento confuso
de culpa. Y la barbaridad
se perpetraba de pronto, torpe, en un rellano.
Oh, sí, todo era triste. Era alegre la vida.
Ahora todo es distinto. Dan fútbol por la tele.

POR EJEMPLO

[de *Llibre de meravelles*]

Los años de posguerra fueron años amargos,
como no lo fueron antes los tres años de guerra,
para ti, para mí, para tantos como nosotros,
para los mismos hombres que hicieron la guerra
la posguerra era sorda, era amarga y feroz.
No demandaba cóleras, demandaba cautelas
y demandaba pan, medicinas, amor.
Años de cautelas, de preocupaciones y tactos,
de pactos clandestinos, conformidades crueles.
Nos dijeron, un día: la guerra se ha acabado.
Y saltamos las zanjas y arrancamos las cañas
y bailamos alegres sobre la vida entera.
Acabada la guerra, aquello fue la posguerra.
Se apagaron las risas estrelladas en los labios
y sobre los ojos cayeron telarañas de duelo.
Se anunciaban los pechos, lacerantes, bajo las telas.
Un bulto de amor crecía, tenaz, en la entrepierna.
Eran tiempos de posguerra. Se imponía el amor;
brutalmente se imponía sobre hambre y cautelas.
Y fue un amor triste, el amor sucio, desgarrado.
Un sentimiento, no obstante, redimió la vileza
que perpetramos, inocentes y crueles,
llenos ya plenamente de obscenidad y fango.
Nada, ya, era importante. La guerra, la posguerra...
¿Y quién sabe, al final? Solo queríamos vivir.
Y después de palparnos, ferozmente, brutalmente,
llegábamos a casa con las manos vacías
y todavía hoy, a veces, nos miramos estas manos vacías
y sentimos ahora el espanto que entonces no sentíamos
y lloramos por aquella pureza que no fue,
por aquella pureza que nunca hemos podido vivir,
que no hemos podido probar en ningún sitio, nunca.

LOS AMANTES

[de *Llibre de meravelles*]

No había en Valencia dos amantes como nosotros.

Ferozmente nos amábamos de la mañana a la noche.
Todo lo recuerdo mientras vas tendiendo la ropa.
Han pasado años, muchos años; han pasado muchas cosas.
A veces aún me arrebató, de pronto, aquel viento o el amor
y rodamos por tierra entre abrazos y besos.
No concebimos el amor como una amable costumbre,
como una costumbre pacífica de cumplidos y telas
(y que nos perdone el casto señor López-Picó).
Se despierta, de pronto, como un viejo huracán
y nos tira al suelo a los dos, nos junta, nos empuja.
Yo desearía a veces un amor educado
y en marcha el tocadiscos, negligentemente besándote
ahora un hombro y después el lóbulo de una oreja.
Nuestro amor es un amor sucio y salvaje
y tenemos la añoranza amarga de la tierra,
de ir por tierra entre besos y rasguños.
¡Qué queréis que le haga! Elemental, ya lo sé.
Ignoramos a Petrarca e ignoramos muchas cosas,
las *Estancias* de Riba y las *Rimas* de Bécquer.
Después, tirados por el suelo de cualquier manera
comprendemos que somos bárbaros y que esto no puede ser,
que ya no tenemos edad y esto y lo otro.

No había en Valencia dos amantes como nosotros,
porque amantes como nosotros han nacido muy pocos.

TESTAMENTO MURAL

[de *Llibre de meravelles*]

Tu nombre y mi nombre escritos en la pared,
en aquella pared llena de corazones y rúbricas,
en aquella pared de últimas voluntades,
mientras se agonizaba del amor o de la pena;
en aquella pared de la oscura escalera,
entre palabras tiernas y palabras obscenas,
palabras que hablaban de un amor invencible,
palabras que hablaban de un recuerdo en carne viva,
palabras que evocaban las noches de gozo y pétalos
y la pornografía delirante de unos dibujos
en una convivencia que me gusta pensar.
En aquella pared sudada por los amantes,
empapada de amores, como un duro colchón,
en aquella pared de fricciones ardientes.
Tu nombre y mi nombre ferozmente enlazados
cuando también se enlazaban nuestras piernas, oscura
escalera que evoco y que no diré dónde está
aunque me torturen; aunque me degüellen.
Tu nombre y mi nombre, ardientes, arañados
en el yeso sudado de la pared aquella.
Tu nombre y mi nombre escritos con las uñas
en la sucia pared de la escalera,
con una voluntad de vivir, de pervivir,
con una agonizante caligrafía dura,
entre cosas obscenas y cosas delicadas,
exclamaciones brutales de un sexo poderoso,
anotaciones ingenuas de cuaderno escolar,
notas sobre la marcha de los acontecimientos,
aquella exuberancia de autógrafos auténticos y primarios.
Tu nombre y mi nombre, más que escritos, arañados.
Aquel amor; el amor, amor de uñas y dientes.

MAÑANA SERÁ UNA CANCIÓN

[de *Llibre de meravelles*]

Animal de recuerdos, lento y triste animal,
ya no vives, solo recuerdas. Ya no vives, solo recuerdas
haber vivido alguna vez en algún sitio.

Felicidad suprema, la hora de escribir los versos.

No los versos astillados, apresurados, que escribías,
sino los versos solemnes —¿solemnes?—del recuerdo.

Te permites recordar con paisaje y todo:

las butacas del cine, el film que proyectaban,

al que no hicisteis ni caso, claro está;

y evocas la Alameda, las ranas del río,

los cohetes abriéndose en el cielo de la Feria,

toda Valencia en llamas la noche de San José

mientras hacíais el amor en aquella terraza.

Animal de recuerdos, lento y triste animal,

ahora evocas y piensas la carne fresca y suave

por donde tus manos o tus besos iban,

la gloria de unas telas alegres y ligeras,

la techumbre podrida, la maleza

creciendo, adorable, de pronto, entre unas tejas.

Animal de recuerdos, lento y triste animal.

Cayo Valerio Catulo

CINCO POEMAS

Cuando uno se enfrenta a la lectura de una traducción lo suele hacer con cierta desconfianza, es posible que ya haya leído esos versos de la mano de otro traductor, sobre todo si hablamos de Catulo. La lectura a veces se impregna de comparaciones o de revisiones del texto original en busca de respuestas. También puede ocurrir que el texto traducido sea más incomprensible en el idioma traducido que en el de origen o que el traductor por preferencias estéticas en perjuicio de la literalidad busque sumar valor al texto en otros aspectos. Esta última opción es la que más desconfianza suele generar para algunos, que prefieren que el traductor traicione al lector antes que al texto. Para leer poesía esta tiene que estar viva, no podemos leerla como una labor de arqueología y el tiempo del análisis debería venir después del disfrute y la emoción.

Pero como una traducción es siempre una reconstrucción, es difícil sostener la magia del poema si el traductor no ayuda un poco a rellenar las rápidas grietas que crea el tiempo y los cambios culturales. Tanto los matices expresivos que se abandonan como los que se añaden, son asumibles si uno busca acercarse a la sentimentalidad actual con la intención de llegar al lector. Es poesía lírica, no un drama, así que quien quiera verlo como una traición puede pasar de página, pero quizá se pierda la sonrisa o el suspiro que pensó en sacarnos hace ya más de dos mil años el poeta de Verona.

Catulo tuvo la audacia de poner a la poesía lírica en el mapa, y jugó con el epigrama satírico cien años antes de que Marcial definiera el género. Pocos autores latinos se conservan que retraten la sociedad de forma tan directa, y qué mejor época que la nuestra para revivir su obra. La poesía de Catulo ha sobrevivido al paso del tiempo con más ímpetu que la mayoría, con más pasión que muchos poetas y sobre todo con más inteligencia. Queda aquí recogida, esperando que el lector consiga emocionarse, reír en algunos casos, e incluso odiar y amar, igual que lo hizo nuestro Catulo.

Traducción del latín y biografía de
Mario Vega

III

Llorad, Amor Urania, Amor Pandemos
y todos los que aprecien la belleza:
el gorrioncillo de mi amada ha muerto,
gorrioncillo, el gozo de mi niña
al que adoraba ella más que a sus propios ojos,
dulce como la miel, la conocía
igual que una muchacha a su madre
y jamás se movió de su regazo,
saltando cerca, aquí y allá, cantaba
sólo para su dueña.

Ahora avanza en nocturna travesía
allá donde jamás nadie regresa.
¡Oh, yo os maldigo, pérfidas tinieblas
del Orco, que arruináis todo lo bello!
Pues me era bello ese gorrión al que arrastráis.
¡Triste fatalidad! ¡Pobre gorrión!
Por tu causa mi amada
tiene los ojos rojos e hinchados por el llanto.

XLII

Venid, endecasílabos, venid
cuantos seáis de todas partes, todos.
Esa adúltera infame me vacila
y no va a devolverme mis tablillas
de poemas. ¿Podéis tolerar esto?
Vamos a perseguirla y reclamarlos.
¿Quién es, os preguntáis? Es la que veis
andar tan indecente, penosa cual payaso
riéndose como una sucia perra.
rodeadla y reclamádselos.
«Pútrida infiel, devuelve mis cuadernos,
devuélvelos, adúltera asquerosa».
¿Ni un duro te importa? Oh, lodo, lupanar,
o aquello que pudiera ser peor.
Pero esto no ha de ser aún suficiente,
si nada puede hacerse abochornemos
a esa sucia perra caradura.
Gritad una vez más aún más fuerte:
«Pútrida infiel, devuelve mis cuadernos,
devuélvelos, adúltera asquerosa».
Pero en nada avanzamos, nada cambia.
Variemos la estrategia y el estilo
a ver si finalmente logramos algo más:
«casta y pura mujer, devuelve mis cuadernos».

XCVI

Si algo grato y afable del dolor que sentimos
puede llegar, mi Calvo, a los mudos sepulcros
con la misma nostalgia con la que revivimos
los antiguos amores, o el lamento
por aquellos amigos ya olvidados,
seguro que a Quintilia no le duele
su muerte prematura si goza de tu amor.

XCIX

Mientras jugabas te he robado, tierno
Juvencio, un besito
más dulce que la dulce ambrosía.
Pero no salí indemne, porque más de una hora
estuve yo clavado en una cruz
implorando el perdón, sin poder con mis lágrimas
ahogar ni un ápice tu inmenso enfado.
En cuanto te besé, con tus dedos secaste
las gotas que tus labios empapaban
para que no quedara ni rastro de mi boca
como si fueran babas de una asquerosa puta.
Pero además me entregas a un hostil
amor, atormentando mi desdicha,
haciendo que este beso se transforme
y lo que antes era ambrosía ahora sea
ya más amargo que el amargo eléboro.
Ya que con esta pena
destierras a mi pobre corazón
yo nunca volveré a robarte un beso.

CVII

Si algo que se desea ocurre alguna vez
cuando menos lo esperas, es grato para el alma
y para mí, que te deseo, Lesbia,
que regreses resulta máspreciado que el oro.
Vuelves a mí que te deseo, vuelves
sin que yo te lo pida. ¡Oh, día luminoso!
¿Existe alguien más feliz? ¿Quién puede
nombrar algo más grato que mi vida?

José Cuevas Olmedo

TRES RELATOS CORTOS

UN MAL SUEÑO

Silenciosa la noche, cuando los bares y los jóvenes vuelven de madrugada, con el olor en la ropa de un fracaso que no quiere reconocerse y la sensación de un triunfo que nunca ha sucedido.

En las casas, tras las persianas bajadas, la gente decente espera a que el tiempo pase y comience la semana; las calles, fatigadas de agua y sal, reciben las pisadas y los aullidos de ratones solitarios con sombra de león.

Allá, a lo lejos, San Pedro mea en una fuente. Un viejo desafina sentado en su banqueta al borde de la carretera. Un loco mira con asco al horizonte y piensa en prados verdes y viñedos.

En un monte cercano los muertos de nuestros muertos se miran los huesos: encontraron vigas de acero. Lloran hincados de hinojos sobre el cemento, sus nietos empeñaron las joyas y se lo gastaron en festejos.

Que duerma bien quien pueda esta noche.

Que sueñe también, quien quiera, otro sueño.

TAMBORES

Desperté entre sollozos porque me sentí en tierra extraña. Estaba en mi casa donde nada me es ajeno; la luz de una primavera que no ha llegado se filtra por la ventana, el escritorio me cobija en su regazo, y los libros en los estantes me miran con ojos indiscretos.

Intenté volver del sueño a mis asuntos cuando los ecos del recuerdo parecieron apagarse. Un temblor me recorrió el pecho como queriendo abrirse, como los campos se abren a la orden de la reja de un arado: era la otra tierra que habita en mí.

¿Cómo darle forma a estas dos orillas que me atrapan?, la una envuelta en necedad envilecida, disuelta en debates de sordos; la otra siempre dispuesta al toque del clarín. Qué iracundia de hiel y sinsentido. Y yo,

que pisé las uvas de la ira en aquellos dos lagares, ¿de qué vino beberé?, ¿qué lugar me queda en este mundo si no es junto a ti?: la cobardía y la impotencia de dejar lo que siento por escrito.

Me recosté en mi lecho con tu recuerdo anclado en la memoria, como si con él cruzara a nado la distancia de nuestras costas, como si con el pensamiento se caminara. Vuelvo a mí, vuelvo a mí... y a lo lejos sueñan tambores, tambores en lo profundo.

PLATZKART

Aquella vez no hubo tanto dinero como otras y tuvo que comprar asientos normales en lugar de cupé. La estación de tren parecía volver a su rutina tras varios meses de recuperación tras la pandemia; la gente iba corriendo de aquí para allá, unos con mascarilla, muchos sin ella, tratando de subirse casi de un salto en los trenes que llegaban al andén. Sin embargo, aquella noche todo parecía más distorsionado que de costumbre: ella solo quería volver a abrazar a su madre.

Se sentó en su asiento y rezó por que la noche fuera tranquila, o al menos todo lo que podía serlo en un vagón en el que dormían cerca de 40 personas. Pronto llegó una señora, mayor, pero tampoco demasiado, que ocupó el sitio frente a la chica. Era una mujer de apariencia tranquila, de estas que uno se encuentra cerca de una iglesia o dentro de ella, comprando velitas y santiguándose constantemente, y aunque probablemente ya fuese abuela, conservaba todavía algunos rasgos de su pasado más jovial. Poco después llegó un chico alto y delgado, con cara seria, que solo dijo buenas tardes, se subió al asiento que estaba encima de la señora mayor y no volvió a abrir la boca en todo el viaje; también llegó otro chico, no sé si latino o italiano, pero desde luego extranjero, que ocupó el último lugar de los cuatro que quedaba por cubrir. La chica vistió de sábanas su asiento, se quitó las botas, y se tumbó esperando que la noche pasara rápido.

No pasó mucho tiempo cuando, desde el asiento de arriba, nuestra chica escuchó provenir un murmullo como de conversación telefónica. Pensó que, bueno, era algo normal y que había que aceptar a pesar de que las normas del tren fueran claras en lo que se refiere a hablar por la noche; pero son cosas que pasan, así que se puso los auriculares y trató de no pensar en ello. Al principio fue suficiente y el cercano murmullo se convirtió en ecos dispersos, como de gente hablando en una habi-

tación muy distante que si uno no presta atención son imperceptibles, pero poco a poco los ecos fueron cobrando forma y ella fue subiendo el volumen de la música más y más. Pronto se hizo insoportable, los auriculares la oprimían y casi parecía que la propia música se hubiera convertido en el susurro que molestaba al sonido de aquella discusión. Cuanto más trataba de no prestarle atención, más claro y alto escuchaba al joven de arriba, y los auriculares le molestaban, y la música no podía taparlo.

-¡Aaargg, por Dios! -dijo deshaciéndose de los auriculares con un gesto violento. Definitivamente el chico estaba en medio de una acalorada discusión con su pareja, pero la queja de la chica debió hacerle darse cuenta de que estaba molestando, así que poco a poco se fue callando hasta que por fin la riña cesó. La muchacha levantó un poco la cortina con los dedos para ver si ya estaba amaneciendo: parecía que aún quedaba algo de noche. Poco a poco se fue relajando (todo lo que uno puede relajarse en un tren con tres desconocidos cerca), y fue tendiéndose en las manos del sueño mientras el pitido de sus oídos iba desvaneciéndose...

-¡Si es que habría que apuñalarlos! -Nuestra chica se levantó sobresaltada, con el corazón en un puño, como cuando uno se despierta de esos sueños en los que uno cae y cae hasta el momento justo en el que te estampas contra el suelo.

-¡Sí, sí, habría que apuñalar a esos sucios ucranianos! -dijo la vieja que estaba enfrente, de cuya apariencia en un principio, nadie hubiera dicho que guardara aquellos sentimientos.

-¡Habría que rajarlos en canal, a los ucranianos y a los finlandeses!, ¡sí, sí, eso es lo que hay que hacer! Esas ratas solo están diciendo mentiras y mentiras, ¿verdad, verdad? Claro que sí, si lo dicen en la televisión todo el tiempo. Y nuestros niños que han ido allí para salvarlos, con toda su buena fe, van y los intentan matar. ¡Si es que habría que degollarlos a todos!

Nuestra chica, nuestra pobre muchacha, no daba crédito a lo que oía. Su madre era ucraniana y hacía décadas que vivía en Rusia, tenía la nacionalidad y era honesta como el que más. -¿serías tú quien la apuñalaras, puta, o solo sabes ladrar? -pensó la chiquilla mientras el corazón le palpataba con violencia y el calor del sofoco le llenaba la garganta. Pero ella es noble y se mordió la lengua. Se hizo un nudo con la almohada y trató de conciliar, si no el sueño, al menos cierta tranquilidad de espíritu. Pero aquella vieja tenía un as bajo la manga. En determinado

momento sacó de su equipaje una taza metálica y un termo con té. Y cuando ya parecía que se había calmado y que por unos momentos comenzaba a hacerse el silencio, la señora tomó una cucharilla, azúcar, y se puso a removerla dentro de la taza como si estuviera endemoniada. Con cada giro de muñeca, el metal chocaba más y más contra el metal, y en un momento la taza se convirtió en una enorme campana, y la cucharilla en un badajo, chocando y rechocando contra sus paredes. Tikitikitiki POOOOOOM POOOOOOM POOOOOOM tikitikitki.

-¡Por Dios, pare ya, señora, estamos intentando dormir!

-Mira, niña, ya son las siete de la mañana y por las normas del tren puedo hacer todo el ruido que quiera y además...

-¡Aaaaarrrgg! -dijo la chica revolviéndose en sus sábanas.

-Si es que el padre Kiril lleva razón en todo, mira el vídeo, mira el vídeo.

En ese momento la vieja parecía estar hablando con alguien, aunque allí no hubiera nadie más. Sacó su móvil, (última generación de hace siete u ocho años) y una voz portentosa salió disparada de los altavoces. Era un sonido metálico y estridente, como de cubo de hojalata golpeado.

-El padre Kiril, el padre Kiril... -repetía la vieja sin cesar.

Me desperté y tardé un segundo en recordar dónde estaba. Miré el reloj y eran las 9 de la mañana.

-Cariño, no te vas a creer con lo que he soñado, he soñado con tu amiga y aquella vez que fue a ver a su madre a...

Pero tú no estabas a mi lado.

Aún no.

Francisco Ruano

CINCO RELATOS CORTOS

LA MORAL DEL PANDILLERO

La pandilla marca con un palo sobre el suelo los límites y galones internos de sus componentes, siempre ceñidos a una obediencia ciega a los delirios del líder. Más allá de la cancela de la casa madre... más allá de las cuatro paredes de laudatorias que guardan a la abeja reina, todo se permite, todo es terreno arrasable. Sin ese espacio-víctima de fuera, nada tendría sentido para el pandillero. En ese minifundio se siente omnipotente, porque se sabe amparado por tres o cuatro normas simples y de fácil digestión que, aunque no partieron de él, cristalizaron en sus neuronas con el brillo de un designio.

Casi todas las tribus de la Amazonia y de la cuenca del Congo se llaman a sí mismas “los únicos hombres del mundo“. La falta de perspectiva aérea de esas microhumanidades selváticas que no sobrepasan el centenar de miembros habría que acogerla con piadosa ternura, si no fuera porque ellos se lo aplican muy en serio y matan sin piedad a cualquier extraño que se acerque a su empalizada.

Eso está ocurriendo en este país que habito, en este sucio empedrado de clanes en el que todos –no se salva ni uno- se tienen a sí mismos por dadivosos granjeros, y a los demás, por cerdos y cabritos.

Y, claro, así nos va.

SUAVES HIJOPUTECE

No te llevan al Infierno. No son merecedoras del Fuego Eterno, pero son motivo suficiente para que ángeles y arcángeles te tengan, ahí arriba, tres o cuatro meses abierto de piernas, sometido a un breve Purgatorio de pellizcos en el pellejo de los huevos. A los bienaventurados de la corte celestial les basta con aplicarte esa fastidiosa penitencia, antes de dejar que cruces el dorado umbral del Paraíso, porque las ven como algo propio de la condición humana: suaves hijoputeces que no pasan de que, aquí en la tierra, la víctima se cague en los muertos del victimario, o cubra de mierda a su santa madre.

Dejo ahí abajo unas cuantas... pero la vida regala años, lustros y décadas de sobra para hacer y recibir paladas llenas de otras más:

-Ocupar con el coche dos filas del aparcamiento.

-Hablarle a voces, en lo más sereno de la tarde, al de la otra punta del bar.

-Rebuscar con fe infinita, en plena escena de amor de la película, esa última patata -la más sabrosa- que no aparece.

-Eructar (por dejarlo sólo en eso) en el ascensor.

-Sacarle al quiosquero cincuenta euros por la barrita de regaliz.

En fin... ya me entendéis.

A Herminio Echevarría, machetero de agave de la Baja California, le hizo entrever una chamana de Tecate que moriría tres viernes más allá del Viernes Santo. Desde ese momento, espoleado por un extraño resorte, no hizo otra cosa que obsequiarle al resto de su vida el dulzor que su infancia le negó: se atiborró de donuts día y noche.

Murió diabético y gilipollas tres domingos antes del de Resurrección

Ana Mari, recién salida de la ducha del pilates, le puso un wasap a su cuñada Mariángeles, para comentarle las fotos que ésta le acababa de mandar desde el puente de hierro de Oporto, haciendo como que saltaba al Duero. Así, en bragas y sin gafas, Ana Mari no reparó en que, en lugar de “estás estupenda”, la pantallita del móvil le había colocado “estás estúpida”.

Lo que vino luego entre esas dos hembras deja a las batallas de Lepanto, Waterloo y Stanlingrado a la altura de una partida de mus.

La mayor afición del Juanmigué era taponar las sábanas, atrapar dentro de ellas a la Cristi y soltar un pedo de fetidez apocalíptica. Ella, en ese minuto de infierno, bramaba cómo una búfala.

La gran afición de la Cristi, el mismo día del pedo, era echarle un cucharón de sal en la manteca al Juanmigué. Él escupía el bolo de tostá cagándose en toda la parentela de la Cristi.

Jamás se plantearon el divorcio, ni por asomo.

Diego Vaya

CUANDO TRABAJAR NO ES UNA OPCIÓN: ROBERT HUGHES Y LA JOVEN POESÍA ESPAÑOLA

Bajo la incrédula mirada de Robert Hughes, algunos jóvenes poetas españoles¹ se quejan, se lamentan, lloran, patalean, se revuelcan por el suelo, hablan de miseria, de engaño, y recurren una y otra vez a la palabra «precariedad». A fuerza de repetirla, han convertido «precariedad» en el término de moda en la poesía española más reciente: lo dicen en entrevistas, en las redes sociales, y cuando se suben al escenario en un recital colectivo no se van hasta que la sueltan. No pueden evitarlo. Es superior a sus fuerzas. Se trata de una especie de TOC, la Ítaca auto-compasiva a la que siempre regresan. Hace mucho que una palabra no era tan manoseada por los jóvenes poetas españoles, aunque tampoco faltan los periodistas que se les sumen: he encontrado artículos en el que aparece más de veinte veces «precariedad» o algún otro término con el que comparte lexema o perteneciente al mismo campo semántico, bien como citas literales de algunos jóvenes poetas españoles o porque el entusiasta periodista ha querido mimetizarse con ellos. Sin duda se ha hecho de la precariedad un símbolo de su identidad generacional: ya eres uno de los nuestros, bienvenido.

Robert Hughes se aparta de la frente su flequillo rebelde y nuboso, resopla y sigue mirándolos. Precariedad: como si la vida en España hubiese sido menos precaria en la Edad Media, durante el Barroco, o mientras Goya era testigo de los fusilamientos del 3 de mayo. Una cosa es mantener una actitud crítica ante la realidad y otra quejarse. Hablan de precariedad como si a las generaciones de poetas anteriores a ellos se lo hubiesen regalado todo. A la mierda con Miguel Hernández, a la mierda con Federico García Lorca, y qué vamos a decir de otros como Góngora o Antonio Machado: no os podéis comparar con nosotros, vividores, que sois todos unos grandes vividores.

Pero lo cierto es que la queja ha echado hondas raíces en el ecosis-

1 Con ese «algunos» quiero referirme a ciertos jóvenes poetas. Por supuesto tampoco conviene generalizar: algunos quizás son los que no deben darse por aludidos en este artículo. En cuanto al concepto de «joven poeta», tomo como referencia los 35 años, edad límite para presentarse a ciertos premios para «jóvenes» aunque otros premios establecen en sus bases ser menor de 30, e incluso de 25.

tema de la joven poesía española. Poemas, declaraciones en medios de comunicación, trabalenguas, y, así, si todos están precarizados, ¿quién los desprecarizará? El buen precarizador que los desprecarice, buen desprecarizador será. ¿Y cómo se desprecariza a un joven poeta español? De trabajar ni hablemos, está claro. Mejor una beca, un premio, una ayuda a la creación, un bolo bien pagado. Ay, qué harían sin los múltiples encuentros de poetas financiados por las administraciones públicas a donde los llevan a recitar para que no falte algún ejemplo viviente de la precariedad. Y esos premios estatales, como el Nacional de Poesía Miguel Hernández para poetas menores de 30 años, ay, qué bien sienta el prestigio, sobre todo si va acompañado de cierta cantidad de euros, que no todo es inspiración y renglones cortados. Es tan variada la manera en que se subsidia a los jóvenes poetas españoles que muy mal tiene uno que hacer las cosas para no recibir en algún momento una limosna.

A estas alturas, Robert Hughes se ha preparado un whisky doble con hielo, se sienta, agita el brebaje, que emite un apacible ronroneo, y se lo bebe de un trago. Y no es para menos, porque para tener relevancia a los jóvenes poetas españoles no se les exige que pulan sus poemas, o que dominen la métrica, ni siquiera que sus poemas intenten aportar algo dentro de una tradición (la que sea); lo que se les exige es tangencial a la escritura, y se condensa en:

- a) Ser altamente activos en las redes sociales.
- b) Ganar algún premio (a ser posible relacionado con la literatura, y si es de poesía, mejor).
- c) Publicar un poemario (a ser posible cada año, lo más tardar cada dos años, ya se sabe que las sucesivas oleadas de poetas nuevos que eclosionan cada cierto tiempo sepultan a quienes no hacen ruido con regularidad).

El viejo australiano se encamina, con toda su erudición a cuestas, hacia su segundo whisky, porque ya ha captado que esto no acaba aquí y quiere estar preparado para lo que vendrá después. Las redes sociales: son bien conocidos los beneficios de las redes sociales en términos de promoción y presencia para cualquiera que sepa usarlas. De hecho, es poco sensato no estar aunque sea en una sola red social. Pero para algunos jóvenes poetas españoles las redes sociales presentan un reverso lynchiano. No solo deben gestionar la ansiedad y la angustia por lograr repercusión y publicitarse y parecer que siempre están ahí, sino que también deben lidiar con una angustia y una ansiedad todavía más

lacerantes y opresivas, y que tienen que ver con los otros: la comparación, y todo lo que esta conlleva, se hace inevitable si otro joven poeta español publica un nuevo poemario, si lo reseñan, si lo entrevistan, si lo invitan a recitar o si gana un premio.

Cada uno sobrevive a su angustia y a su ansiedad como buenamente puede, porque a fin de cuentas las redes sociales son la manera más fácil de mantener una maraña de contactos tan tupida como insustancial, efímera, agotadora y autorreferencial, pero que sobre todo es profundamente necesaria para prosperar. De este modo, la escasez de rigor formal y de contenido o directamente la falta de trabajo en poesía² se pueden disimular o suplir mediante las relaciones sociales: si caes bien, tus poemas gustarán; o si caes bien, los demás van predispuestos a leer tus poemas con mejores ojos que si no te conociesen. La hipocresía comienza a ser la postura más rentable en esta época de corrección política y lingüística en la que si la opinión sobre un texto no es la esperada por el autor, suele tomarse como una afrenta personal (es decir, el error de creer que el arte tiene la misma importancia que la vida), lo que nos lleva a que la simpatía por el autor se transfiere a la obra como una curiosa mezcla de simpatía y condescendencia e indulgencia. Suele ser habitual que un poeta que te parecía del montón o directamente prescindible, de pronto, cuando lo tratas un poco, empieza a tener poemas buenos, pero buenos de verdad, échale un ojo a su último libro. También es bastante habitual mantener las formas públicamente, pero en privado confesar que su poesía no te convence (aunque no es esta la expresión que más se usa, sobre todo cuando hay cierta confianza).

Este afán por caer bien genera a veces un mecanismo de reciprocidad que llega a puntos verdaderamente bochornosos. Yo también he sido joven y me han invitado a saraos en los que en más de una ocasión he tenido que soportar conversaciones que podría sintentizarse así: «¿Tienes cuenta en las redes sociales para poder seguirnos? Yo también... ¿Que hace poco que has terminado un poemario inédito y es lo mejor que has escrito? Me pasa lo mismo... ¿Ah, que eres un mamífero? Qué casualidad...».

Robert Hughes se concentra en los cubitos de hielo que flotan en su tercer whisky. El problema que suscita todo esta táctica de llevarse bien con todo el mundo es que se trata de una estrategia cortoplacista (Recuerde el alma dormida, etc.) y que encima obliga a hacer una vida

² Últimamente cualquier cosa escrita dándole muchas veces al enter resulta que es un poema. Parece que sus autores están convencidos que si le dan al enter con cierto ritmo, los versos también tendrán ritmo.

social de alto voltaje, hiperintensificada por las redes sociales. Por lo tanto, comienza a resultar muy difícil separar al autor de su obra: van en el mismo lote, lo tomas o lo dejas. Pero esta necesidad de la presencia constante del autor resulta un tanto paradójica, porque la verdadera relación entre el lector y el poema, como en cualquier otra disciplina artística, se encuentra justamente en lo que sucede en ausencia: el lector no está cuando el poeta escribe, ni el poeta cuando el lector lee. En cuanto un poema necesita que el autor esté lo suficientemente cerca para que lo oigamos decir todo el tiempo «Eh, te voy a explicar lo que he querido decir, que lo he escrito yo, yo, yo»... Bueno, ya saben a lo que me refiero.

Pongámonos serios: los poemas son lo de menos. ¿Hay alguien que de verdad se tome el interés en leer en profundidad cualquier libro de poesía actual? Y en el caso de que lo hubiese, ¿encontraría algo más que superficie en una época que sostiene como marca corporativa la superficialidad? Los poemas, decía, son lo de menos. Lo importante es estar ahí, ser un excelente relaciones públicas, exhibir una amplia sonrisa profesional, ir aquí y allá sin molestar o incomodar a nadie, todo buenrollismo y quedardeputamadre, no hay entre nosotros un mal poeta, todo vale, es cuestión de gustos.

Robert Hughes, después de soplarle su quinto o sexto whisky a palo seco, levanta las cejas, sorprendido de que haya tantos premios para jóvenes. Los más codiciados por los jóvenes poetas españoles son los sempiternos Adonáis (deseado por todos; denostado y vilipendiado por quienes no lo ganan), Hiperión y Loewe, a los que se les han sumado en los últimos años otros con nombres de poetas cuya obra los jóvenes poetas españoles se apresurarán a leer solo en caso de que los premien: se da por hecho que el premiado, durante el acto de entrega del premio, además de hablar de su propia obra, tiene que decir algunas palabras sobre el poeta que da nombre al premio. Aquí la queja de algunos jóvenes poetas viene en muchos casos porque no se les premia cuando creen merecerlo, argumentando que en tal o cual premio está, por ejemplo, bajo la tiranía del endecasílabo³.

3 Cada cierto tiempo alguien clama contra el endecasílabo, acusándolo de ser per se un verso «conservador» (sic), como si el verso libre se hubiese inventado ayer. Valorar un poema basándonos en el uso o no de una pauta métrica no parece tener mucho sentido ya: hay poemas en perfectos endecasílabos que acaban sonando a hueco y otros en supuesto verso libre que parecen prosa cortada sin fundamento alguno, y también maravillosos ejemplos de uno y otro. No es el espacio para entrar en esa discusión, pero el aprendizaje basado en el esfuerzo por dominar la forma parece el único que permite que un artista sea capaz de aportar algo nuevo. Si hablamos del ritmo en poesía, conocer la tradición posibilita que las variaciones o rupturas lleguen a convertirse en logros formales.

No hay duda de que ganar alguno de estos premios aporta reconocimiento, ponen el foco sobre el ganador (al menos durante un tiempo), y lo que es más importante, permite publicar en lo que todos conocemos como editoriales prestigiosas. Pero la idea más generalizada es que hay que hacerse con la mayor cantidad posible de estos premios antes de llegar a los fatídicos 35 años, lo que viene a plantear una cuestión: ¿de verdad se están escribiendo en estos momentos tantos poemarios –digamos– buenos como premios hay convocados? O somos testigos de una época de creación poética superior a todas las anteriores, o el número de ejercicios de estilo y de poemas de relleno de muchos libros premiados está tan sobrevalorado que nos acerca a una posible respuesta que es preferible no mencionar.

La cuantía económica de los premios, por supuesto, los ayuda a salir de la precariedad. Pero no es la única forma. Parece extenderse entre algunos jóvenes poetas españoles la necesidad constante de publicar, publicar y publicar: en revistas, en suplementos culturales, en antologías, pero sobre todo en editoriales que les den visibilidad, porque cada año surgen jóvenes e incluso jovencísimos poetas españoles que tienen el encanto de la novedad⁴, y aunque los *royalties* en poesía siempre han sido una especie en vías de extinción, un nuevo libro en ciertas editoriales puede dar acceso a colaboraciones remuneradas, del tipo escribir un artículo o recitar en algún festival de poesía.

Mientras comienza a buscar uno de sus libros, Robert Hughes me advierte de que este artículo quizás suene a una diatriba gratuita contra algunos jóvenes poetas españoles. Que incluso podría ser malinterpretado: frustración, miedo, rencor, resentimiento, falta de empatía intergeneracional, lo viejo arremetiendo contra la nuevo, Castillejo reprochándole Boscán y a Garcilaso que escriban «prosa / medida sin consonantes», a saber qué puede mover a un tipo a meterse en algo así.

Antes de responder a esto⁵, haré una matización: ser poeta y joven

4 Muchos recurren a un término que cada vez me causa más efectos secundarios: frescura. Lo emplean como sinónimo de que no suena a nada que se haya escrito antes, lo cual ofrece un panorama de lo más optimista: cada año surgen de tres a cuatro auténticos genios, lo que equivale a que en una sola década de frescura ininterrumpida podría haber tantos poetas listos para entrar en el canon como todos los que surgieron desde la Edad Media hasta bien entrado el siglo XX. En cualquier caso, las pujantes promesas de la poesía captan la atención en detrimento de las voces que intentan desarrollarse, rápidamente unos nombres sepultan a otros, o como dice el axioma: «Ningún lector piensa que el único poeta bueno es el poeta inédito, pero el mejor libro siempre parece el primero de un poeta inédito».

5 Siempre que el editor no decida hacer cortes en el artículo, a veces inevitables por razones de espacio.

es verdaderamente jodido. Aunque intuyo que la continua queja y la obsesión por la precariedad de algunos jóvenes poetas españoles no tiene en muchos casos tanta relación con los puntos a, b y c de arriba como con el deseo de vivir con/en/por/para y especialmente de la poesía. Si algunos jóvenes poetas españoles quieren dedicarse plenamente a la escritura, trabajar no es una opción. Y en cierto modo es razonable: para todo el que esté completamente entregado a una disciplina artística, cualquier esfuerzo invertido en otra cosa que no sea dedicarse a su obra se percibe como un desperdicio de tiempo. Pero para comprobar si en realidad esa opción es determinante o no en la trayectoria de un poeta, habría que analizar con cierta perspectiva todo lo publicado; eso, sin embargo, está fuera del objetivo de este artículo.

Robert Hughes apura su último whisky y me entrega un libro. Lo ha encontrado: al menos uno de los dos ha conseguido lo que se proponía. Leo el título: *La cultura de la queja*.

Notas de lectura

Vida de Mozart

Stendhal

Renacimiento, 2022

Esta traducción de la *Vida de Mozart*, de Stendhal, podemos enfocarla desde, sobre todo, dos puntos de vista: desde el interés por el autor y su producción literaria, o desde la curiosidad por conocer al biografiado. En ambos casos encontramos resultados agrídulces.

A través de multitud de detalles circunstanciales, Stendhal nos ofrece más un retrato de sí mismo que de Mozart, pero ¿cuál es este?, pues el de un mitómano; diluye su relato alabando la enorme capacidad del Mozart *wunderkind*, de cómo tocaba el clave con los ojos tapados, o su portentosa capacidad de composición; aspectos todos ellos que no nos importan, primero porque no tenemos capacidad de contrastarlo, y segundo, porque ahí está la obra de Mozart para conocer sin intermediarios los méritos del salzburgués. Y es precisamente cuando nos acercamos a su música cuando nos percatamos de que Stendhal habla de oídas, por ejemplo: en un momento nos indica que Mozart «no dispuso de tiempo para conocer obras ajenas» (p.77), ocupado como estaba en escribir. El

aficionado que se precie de serlo conocerá la influencia de la música de Johann Adolph Hasse y Michael Haydn (amigo de Leopold y Wolfgang) en la obra de Mozart, en concreto en el *Requiem*. El lector curioso podrá comprobarlo por sí mismo escuchando la *Missa ultima* de Hasse y la *Missa pro defuncto Archiepiscopo Sigismondo* de Michael Haydn, junto al propio *Requiem* de Mozart, que no solo demuestra conocer la música de su tiempo, sino que debió de estudiarla debido a su notable influencia, ya que no es un ejercicio de plagio sino de cómo un autor toma los elementos propios de su época y crea con ellos algo tan bueno que es capaz de eclipsar a todos sus coetáneos. Stendhal nos grita a la cara que es él mismo quien no se ha parado a escuchar a estos autores, y si los conoció, entonces los entierra en el olvido para aumentar la leyenda del biografiado.

Pero su relato llega al absurdo cuando se atreve a afirmar que ¡Mozart terminó su *Requiem*! (p. 123) ¡Alabado sea el Altísimo! Fue Mozart entonces, y no Süßmayr quien lo finalizó en 1793, ¡gracias, querido Stendhal, por iluminarnos porque todo este tiempo estábamos equivocados!

Es evidente que esta biografía sirve de muy poco para conocer a Mozart, incluso para el tiempo

en que fue escrita, pero sí que nos dice algo de su autor, ¿el qué?, pues que su mitomanía le lleva a hacer propaganda sobre su ídolo, que toma su vida para hacer un folleto con el que comenzar a engrandecer su nombre; que le importa muy poco su música, y mucho escucharse a sí mismo. Es en este aspecto, el de profundizar en las obras de juventud del autor, en el que esta obra puede decirnos algo, y por desgracia no demasiado bueno.

Sin duda se agradece que se reediten obras menores de este tipo para que podamos reencarnar a aquellos escritores que han sido fundidos en bronce por el paso de los años y por montañas de hagiografías. También sirve de aviso para aquellos que pretenden elevar a las alturas a personajes, muertos o vivos, por la causa que sea. Mozart era humano, y su música, la mejor expresión de su sentir; lo mismo puede aplicarse para cualquier músico, todo lo demás es palabrería.

José Cuevas Olmedo

Lo que hay

Sara Torres

Reservoir Books, 2022

Sara Torres (Gijón, 1991) da el paso a la novela tras publicar los poemarios *La otra genealogía* (XV

Premio Gloria Fuertes de Poesía Joven, Ediciones Torremozas, 2014), *Conjuros y cantos* (Krieller71 Ediciones, 2016), *Phantasmagoria* y *El ritual del baño* (La Bella Varsovia, 2019 y 2021).

«Mientras mamá moría yo estaba haciendo el amor»: la primera frase de la novela es una declaración de intenciones de la historia que narra Torres. El amor y el deseo no solo dialogan con el duelo y la pérdida, sino que se atraviesan transversalmente, tomando en un plano físico el cuerpo de la protagonista tras la muerte de su madre («Esa profundidad tocada por el dolor en el reverso de todas las cosas. Desde ahí no se ama nunca superficialmente»).

La historia aborda la identidad y las relaciones queer mediante una pareja lésbica poliamorosa y su amante. La autora se pregunta asimismo por los espacios tradicionales físicos, como las viviendas concebidas para compartir con una pareja; y por los espacios tradicionales inmateriales, como la marginalidad de los afectos. La enfermedad, en esta novela, marcada por la madre de la protagonista, se ve subordinada al amor, y el amor se ve subordinado a la enfermedad («Yo también temo ser contemplada con miedo o asco (...) porque el cuerpo que duele rara vez consigue sentirse acompañado»).

Sin embargo, es el duelo por la pérdida de la madre el acontecimiento principal al que se le vinculan los demás temas. Por un lado, la culpa por la propia muerte de su madre se repite cuando la protagonista se pregunta qué se espera de ella o si ha sido lo suficientemente buena mientras ella seguía viva. Por otro, se presenta un amor animal hacia la madre, que no se aleja al que siente por su pareja y por su amante. La madre y la protagonista viven una vida en los márgenes, que se da por la existencia LGTB y poliamorosa, y por el cáncer y el divorcio; una vida en los márgenes perforada por la pérdida y la ausencia.

Pese a la tristeza de la historia, la luz que presenta el final y la belleza constante de la narrativa de Sara Torres hace que el lector se vea acompañado de una calidez y de una sensibilidad destacable desde la primera página hasta la última; un acompañamiento compasivo y humano alejado de la tragedia y la soledad de perder a una madre y de verse perdida en un mundo cruel.

La voz narrativa clara, tierna y reflexiva de Sara Torres en *Lo que hay*, novela aquí reseñada, ha dado bastante que hablar este verano. Junto a *Facendera* de Óscar García Sierra y su combinación de historias colectivas y conversaciones, han supuesto los debuts

narrativos de dos poetas remarquables. Y, dada la calidad de los mismos, probablemente sigan de boca en boca mucho tiempo.

Gudrun Palomino

Geometría interior

Álvaro Cruzado

Dieci6, 2021

Saludar a un nuevo poeta con el consecuente primer libro bajo el brazo es siempre motivo de alegría. Fue el turno a finales del pasado octubre de Álvaro Cruzado (Granada, 1993), y bien sabemos quienes le seguimos tiempo ha en sus redes sociales que la gestación y preparación de su *Geometría interior* (Dieci6, 2021) costó paciencia, tanto para él como sus lectores, que acogieron el evento con generosidad e interés, siendo todavía corto el recorrido.

El estreno se ha producido con el mencionado título dentro de una colección poética que sorprende y da a quien llegue la calidad más exprimida, las propuestas que quieren despuntar en el siempre copadísimo mercado de novedades. Hacen lo propio, intentan ser fieles a su propósito, al margen del interés que finalmente despierten.

No estaba pareciéndome un libro que permitiera sacar algo en claro. Es decir: su propuesta en la super-

ficie y capa inferior de los poemas no dejaba lugar a dudas, teniendo en cuenta también los dos únicos nombres citados a lo largo -Ashbery y García Faet, para echarse a temblar si no se está iniciado en la poética de uno y acogido bajo el palio hiperbólico de la otra- que apoyan su empresa. Pero dejando a un lado la solidez evidente y lo raro en el gesto de presentación que nos atrapa al paseo por sus páginas, las creaciones de *Geometría interior* daban la sensación de estar hechas desde una complicación. ¿Una necesaria? Se cuele el eterno, y seguramente irresoluble, dilema de si cuanto menos se entiende un texto mayor es su calidad, tan cacareado y tergiversado según los intereses de quienes los practican o son devotos de estas maneras. Los ejemplos son variados, sea en poesía o en prosa, más actuales o cerca de cumplir un siglo. No importa, es algo vivo todavía; da juego y molesta, según el día. Uno es partidario de esa *complicación* siempre y cuando aporte e invite a seguir, a olvidarse de los prejuicios y recelos y gane el atractivo placer que nos induce a desentrañar y sobre todo nos enseñe, nos revele algo. Barroquismos, dificultades y horrores vacuos porque sí, bueno, quien los prefiera. Siempre tenderán a sobrar, siempre conseguirán séquitos. Y regresando

a lo que concierne, decía: no estaba pareciéndome en un primer instante que previsualizara hacia dónde pudiera dirigirse, por leve y borrosa que fuera la senda, sino que los versos eran un volanta-zo tras otro. Aquel que cree en lo fragmentario y brusco de este tipo de métrica sabe descubrir el valor desde la primera palabra, pero los que nos asomamos de higos a brevas vemos reforzados los argumentos para dejar de dar oportunidades a dichos estilos. Al autor le oí decir que no hacía falta entender sus poemas para que gustasen. Bien, volvemos a lo de antes. Pero a mí me gusta pensar aquello cervantino -sea desde la sencillez o el hermetismo trabajado- de que lo que se ha sabido sentir, se podrá decir. Por tanto, cómo se dice importa para que el resto lo sienta. Si no, ¿para qué intentarlo?

Se enderezó lo que parecía una caída libre. Había que seguir leyendo para abandonar la reticencia. Sí resultan cortantes, cambiantes, los poemas de Cruzado -recuerdan en ocasiones los paisajes, la mirada, de Paul Klee- pero debido a un complejo existencial. El tiempo en ellos pasa por y gracias a la memoria. Somos limitados, pero recordar ilumina el presente, aunque se halle «vacío vacío vacío», avisa en el Preludio.

«Tienes prohibido volver atrás»,

dice en *Próxima estación*. La vida, en su faceta corriente o en pareja, es una dirección cuya fuerza hace pensar o nacer una nueva respecto a la establecida: una tercera vía – si pensamos como segunda la de pareja– en la que idear de nuevo la magia de lo inesperado... ¿Del amor? El escenario del metro reaparecerá en otros más adelante. Es utilizado con inteligencia por la sensación de cambio de lugar, acabando por ser y estar en ninguna parte mientras sucede el traslado. En los sentimientos ocurre parecido si estos se embarullan. «El vacío/ y el mundo/ son una única naturaleza» (*Fósil*). Todo es regreso, incluso nosotros hacia quienes amamos.

Y es que la clausura del amor es el tema primordial de *Geometría interior*, el después al que tenemos que adaptarnos. El dolor de querer ser uno hecho de dos, mitad y mitad (*Ventanas abiertas*), nos coloca frente a nuestra fragilidad en un mundo que se desentiende de cuidarnos, y la solución para este poeta sería encontrar «alguien/ con quien hablar/ un idioma común» (*Kintsugi*). Pero como no dejará de haber distancia, será preciso recomponerse para significarse en el cariño, en esperar lo mismo de otro (*Conjurios y destinos*); como en la metáfora del pez japonés (*Koi*), realizar un cambio esforzado a contracorrien-

te, «hablar de nosotros mostrando las grietas».

Los nueve últimos poemas bombean al resto el vigor que hace que nos ganen «y al libro» según se aproxima el final, que busquemos algo que no se diluya cuando uno ha sido feliz y localice un modo de vida «menos inmediato pero más/ amplio» (*Kioto*); conozcamos y aceptemos lo caedizo, lo que ya no está, donde el tiempo y el cuerpo no se tropiecen (*Vacío*), y guardemos una esperanza. Entender con madurez y experiencia que, ante el fracaso, la felicidad no sería posible si no la ajustásemos «al contexto del dolor», como cierra *Órbitas gravitacionales*.

Un poemario, en definitiva, muy interesante: «hay algo que ocupar:/ yo me doy a ti/ para mirar esa hoja/ que cae.»

Luis Bravo

El canto de la nieve silenciosa

Hubert Selby Jr.

Hermida Editores, 2021

Años 50. EEUU. El gran Sueño Americano acaba de surgir; sin embargo la clase obrera estadounidense sufre las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial: pobreza, drogas y delincuencia. Es una cara que existió, pero que se trató de ocultar. Grandes narradores han tratado este asunto, si

bien, la mayoría se dedicaban a mostrar zonas rurales, la famosa narrativa sureña: Faulkner, Carson McCullers, John Steinbeck... Mas, ¿qué pasó en las grandes ciudades? ¿Quién contó la marginalidad urbana de aquella época?

Misma época. Nueva York. Ciudad de grandes contrastes desde sus inicios, la contracultura se ve envuelta de movimientos sociales y políticos (segregación racial, Guerra fría, libertad de expresión...). Comienzan a salir los primeros cómicos de stand up, como Lenny Bruce; guionistas de izquierdas, como Dalton Trumbo; y los primeros musicólogos negros como Amiri Baraka. Todos con gran compromiso por la libertad y una sociedad más igualitaria en un lugar de grandes desigualdades.

Dentro de este hervidero cultural y social se desarrolló Hubert Selby Jr. Escritor autodidacta, de orígenes humildes y que, motivado entre otros por el propio Amiri Baraka, decidió mostrar estas desigualdades con su narrativa. No fue fácil. Selby sufrió la censura de manera notoria, pues su libro *Última salida para Brooklyn* fue llevado a juicio por obscenidad. Escritores como Anthony Burgess se posicionaron a su favor, pero el libro fue censurado en varios países, entre ellos Reino Unido.

La salud de Hubert siempre fue

delicada. A los 15 años sufrió tuberculosis y le acompañó toda su vida. Entre los distintos medicamentos que tomó, se encontraban diferentes tipos de analgésicos y la heroína, a la cual se volvió adicto. Esta experiencia tan cercana a la drogadicción, junto a las zonas marginales donde se crió, es el caldo de cultivo de la atmósfera que rodean sus libros.

El canto de la nieve silenciosa es una colección de quince cuentos que salió a la luz originalmente en 1986. Hasta entonces, Hubert había publicado cuatro novelas.

Podría nombrar tres adjetivos definitorios de su prosa. Cruda, dinámica y oral. Es decir, descripciones explícitas, acción antes que descripción y diálogo, mucho diálogo. Una suerte de mezcla entre realismo sucio y novela negra. Realismo social visceral. El ritmo es vertiginoso y el ambiente depara una sensación de incomodidad, pues, cuando acabas de leerlo, puedes llegar a sentirte mejor con tu existencia

Hay que venir preparado de casa, esto viene sin cortapisas.

Percibimos unos personajes que tienen un aura de soledad y marginación de la que apenas son conscientes. La propia rutina, la propia atmósfera que les rodea, les pesa. Sórdidos, alienados, conflictivos...

Las miserias afloran en estas

personas castigadas por la vida y que se parecen unas a otras, tanto en personalidad como en nombre (Harry), solo cambian sus oficios: vagabundos, internos de psiquiátricos, borrachos, vendedores supersticiosos...

Destacaré dos cuentos con breves ejemplos. Uno muy corto, directo y con el que se inicia el libro *El día del gordo Phil*. Un joven que siempre gana a los dados y sufre bullying por parte de sus amigos. Como se podrá comprobar, tanto la puntuación como el uso de mayúsculas las usaba el autor de una manera particular, en busca de mayor impacto y velocidad en la acción.

¿Ya está bien, eh? Y se cubrió la cabeza esperando que apostáramos contra él y sacó un uno y cuando recogió los dados le machacamos y le pateamos y él dejó de suplicarnos a nosotros y empezó a suplicar que los dados dieran un siete, por favor un siete y los tiró una y otra vez y finalmente salió cuatro-tres y se levantó de un salto y gritó ¡SIETE! Ahí está, un siete, he perdido, he perdido. ¡Un siete-siete! Y agarró su caja de limpiabotas y salió corriendo como los demonios.

Y este extracto precioso del último cuento -homónimo del libro-, donde un esposo drogadicto quiere amar convincentemente:

Pero no eran solo las drogas las

que hacían imposible que se volviera y tocara a su mujer y le asegurase que la amaba y lo apreciaba todo; era la responsabilidad que acompaña a un gesto como ése.

Un libro más que recomendable. Si te gustó *Réquiem por un sueño*, tanto la peli como el libro -editado por Sajalín-, disfrutarás estos relatos.

Fran Cintado

Los planetas fantasma

Rosa Berbel

Tusquets, 2022

¿Conocéis a Ziggy Stardust? Entre 1972 y 1973 David Bowie puso en escena a este juglar intergaláctico que nos visita para cantarnos el apocalipsis inminente: a la humanidad le quedan cinco años (*we had five years left to cry in*) y, como en la famosa escena del noticiero de la reciente *Don't Look Up*, Ziggy nos anuncia que la tierra está muriendo (*earth was really dying*). En *Los planetas fantasma*, editado por Tusquets en su colección *Nuevos textos sagrados*, Rosa Berbel (1997) asume un poco de lo que fue el punk en su recuperación de la infancia, en su yo desplazado o en la reivindicación del deseo y de ciertas figuras no productivas de la sociedad (especialmente, la del niño). Sin embargo, creo, no podría decirse

lo mismo de su lema *no future*: «Hablamos del desorden / y del fulgor minúsculo / de los tiempos futuros» (p. 33).

El libro se halla dividido en tres partes: «La muerte natural», «La conquista del paisaje» y «Cuando acabó la fiesta». La primera, teñida de melancolía por el último tiempo feliz, el *leitmotiv* de la infancia, nos sitúa, como indica el nombre, en la tradición pictórica de la naturaleza muerta (no es de extrañar que uno de los poemas se titule «Bodegón»): «y las flores más bellas / ya habían comenzado a marchitarse» (p. 44); el mundo se erosiona. En la parte central, que consta de un único poema, se establece una fábula de la historia del olvido de la naturaleza, de cómo el hombre le dio la espalda al universo, y de cómo la tierra chilló mientras agonizaba, a la manera del cuento de Arthur Conan Doyle *Cuando el mundo gritó*, en el que encontramos al Profesor Challenger perforando la corteza terrestre y a esta profiriendo un grito (lo que, por cierto, Jussi Parikka interpreta en términos de violación); no obstante, nuestros oídos eran un espacio vacío donde no se escuchaban los quejidos («Un abismo turístico se abre frente a nosotros / y no queremos verlo, no queremos oírlo, / pero aun así fragmenta el horizonte» (p. 35)): «y seguimos va-

gando por el mundo, / arrancando los cardos, profanando la larga / naturaleza muerta» (p. 60); bella aunque muerta. En cuanto al tercer apartado, se pone en marcha la lógica de la fiesta: la suciedad que la cohabita, la cocina por recoger, el desastre después de la alegría. La metáfora nos la entrega *La vuelta al mundo en ochenta días*: Julio Verne narra cómo el capitán necesita usar la madera del propio barco para alimentar la caldera y proseguir con la ruta; así, leemos: «Todos los invitados se llevaron consigo / un trozo de la fiesta, como el que arranca / piedras de un bello templo griego» (p. 85); los listones de madera del mundo en el que estamos a bordo.

El ser humano y su deseo se han erigido como el principal agente de transformación del planeta («la orografía es erótica» (p. 81)) y está sobrepasando su capacidad de carga, deslizándose del *homo faber* al *homo destructor*, como lo llamó George Monbiot. ¿Debemos, entonces, historiar la naturaleza? ¿Hacer de ella *historia rerum gestarum*, historia «de las cosas que ocurrieron»? Rosa Berbel adopta una poesía postantropoceno; es decir, no una poesía que meramente reflexiona sobre el clima o que realiza a partir de él una crítica social o política explícita, sino que asume la crisis climática como fundamento constitutivo de

época y, por tanto, de quien escribe, al modo de un ladrillo más de la realidad que nos enfrenta: desde ella habla del mundo, del amor y del lenguaje. Con esto, *Los planetas fantasma* ofrece una obra de sacrificios, materia vibrante y del poder de la luz.

Óscar Díaz

Nombrar la herida

Javier Bozalongo

Sonámbulos, 2022

Nombrar la herida es el último poemario de Javier Bozalongo, que ha visto la luz este año de la mano de Sonámbulos, editorial granadina que él mismo regenta y que está apostando por una poesía de línea clara e incardinada en el presente.

Este libro se encuentra dividido en tres partes: una primera, compuesta por dos poemas dedicados a la madre y al padre, respectivamente; una segunda («Las heridas»), que consta de veintidós poemas; y, por último, una tercera («Epílogo»), formada por tres. Es la segunda parte de este libro la que cobra mayor relevancia, puesto que *Nombrar la herida* pretende nombrar las heridas de más de quince mujeres vilipendiadas por su etnia, condición sexual, clase y, por encima de todo, por ser mujeres en un contexto patriarcal que las oprime. Javier Bozalongo da voz a estas mujeres, contándo-

nos su trágica historia mediante el procedimiento, de raíz inglesa -si bien con una ya larga trayectoria desde que fuese empleada por Luis Cernuda- del monólogo dramático. Así, el poeta, a la manera de un actor, se pone en la piel de distintas mujeres para, en palabras de María Alcantarilla, autora del texto de contraportada, resucitarlas del silencio y devolvernos a todos la memoria.

Las mujeres que encarna Bozalongo son múltiples y de varia condición; así, encontramos a la profesora Laura Luelmo («Laura»), asesinada en El Campillo (Huelva) en 2018 y cuyo caso saltó a los medios de comunicación, causando una gran conmoción social; otro poema dedicado a una mujer que saltó a los medios es «Ana», dedicado a Ana Orante, que salió en un programa de televisión para denunciar los malos tratos que sufría de parte de su marido, quien, a los pocos días de la emisión de dicho programa, la asesinó; asimismo, encontramos otros poemas dedicados a mujeres cuyas historias nos resultan más desconocidas, pero no por ello menos relevantes y desgarradoras, como la de Puspa («Puspa»), una niña que a los doce años fue vendida a un burdel de Bombay, donde contrajo el sida, y que no recordaba su nombre ni su origen: «Puede que aún me busquen / unos padres miedosos / vagan-

do por Bombay [...] // Podrían preguntar por una niña / perdida en algún puerto. / Miles de involuntarias prostitutas / podrían ser su hija. // Incluso yo podría serlo / si supiera quién soy, de dónde vine». Aparecen también mujeres que se sobrepusieron a su situación y lucharon contra las injusticias que ellas mismas habían sufrido; así encontramos el poema «Linda», centrado en la comunidad afroamericana o «Clara», donde Clara Campoamor aparece en el congreso para reclamar el sufragio femenino: «No se trata tan solo de igualdad / -pues negarla es negar toda ley natural- / Si cometéis ahora, de nuevo, el mismo error, / abandonando a la mitad del mundo / a la orilla del tiempo, la casa construida / lo hará sin un cimiento sólido, / y el llanto posterior no será suficiente / para apagar el fuego».

La historia de estas mujeres pueden leerse en un anexo que aparece al final del libro; sin embargo, su drama y su lucha aparecen cristalinos en los poemas, ya que Bozalongo, a través de los versos, nos da a conocer los pormenores de sus vidas, de sus terribles historias; para ello, emplea un lenguaje especialmente claro, directo, enjuto, a diferencia del mayor lirismo, siempre dentro de la transparencia, de que solía dotar a su poesía anterior. Y es que difícilmente puede ser creíble una confesión de

esta envergadura si esta viene trufada de retoricismos; la realidad es cruda y conviene señalarla tal cual es, para ello Bozalongo deja que estas mujeres hablen a través de sus poemas, se confiesen y señalen cuál es la herida que padecieron para que el futuro recuerde su historia; porque como dice el poeta: «a veces no es preciso añadir leña al fuego / para que el humo cubra el cielo del futuro».

Alejandro V. Bellido

Inclinación de mi estrella

Enrique García-Máiquez

Los Papeles del Sitio, 2022

Con este nuevo libro de Enrique García-Máiquez (*El Puerto de Santa María*, 1969), editado primorosamente por Los Papeles del Sitio, asistimos a los temas a los que nos tiene acostumbrados el autor en entregas anteriores: el amor conyugal imbricado en las vicisitudes cotidianas, la familia, la fe católica, la soledad o la poesía, entre otros. Todos ellos tratados de tal manera que este libro puede leerse como un diario en verso, lo que nos lleva inevitablemente al gran maestro de García-Máiquez: Miguel d'Ors. De hecho, el tema de la metapoética, tan tratado por el gallego, atraviesa todo el libro y se hace presente incluso en el título del mismo: «Inclinación de mi estrella», es decir, la inclinación

natural del poeta hacia su destino: la creación poética. No en vano abre el libro con «Beatus ille», un poema donde se nos muestra al poeta siendo feliz en el retiro que le supone la escritura, y en el que Máiquez, al igual que su maestro, reelabora a los clásicos mediante la paráfrasis (*cum variatione*) que hace del archiconocido verso quevedesco «presentes sucesiones de difunto»: «Qué suerte no tener que estar arriba, / en la mesa redonda improvisando, / presentes sucesiones de opiniones. // Qué bien estar abajo abocetando versos / en una servilleta / y escuchando ponentes de música de fondo». Y cierra, de hecho, el libro con otro texto en que la labor poética se convierte en tema central («Inclinado de mi estrella»): «Sigo esta vocación con tozudez; / pero si no la sigo, me trae ella / de la mano, cogido de mi estrella / a sus angostas sendas otra vez». Además, lo metapoético está presente en muchos otros poemas, ya sea hablando de la poesía o haciendo referencia en el poema a los mismos versos que lo componen: «Yo ya salgo muchísimo en mi prosa, / así que en esta página dejemos / al viento de noviembre y a esas hojas / amarillas que arrastra y lleva el viento».

Al igual que en d'Ors, la poesía de Enrique García-Máiquez es -y también en este libro, que no es sino una prolongación de toda su

obra anterior- clara, sencilla, directa, coloquial y también irónica; en definitiva, todos los rasgos propios de la poética, acuñada por el crítico José Luis García Martín, figurativa. Así pues, en *Inclinación de mi estrella* encontramos desde el poema-anécdota, con un carácter irónico más acuciado, como en el caso de «Provenzal»: «A ver Petrarca, que también yo sé / calzarle un buen soneto a mi señora» (de nuevo, la metapoesía); pasando por la solemnidad del excelente «Hacer el muerto», con una dialefa en el verso final que haría las delicias de Dámaso Alonso: «Cuando venga la muerte / espero estar pensando en otras cosas / y susurrar sentencias más severas / pero estoy convencido / de que la sensación / será la de flotar -la he practicado mucho- / sobre un mar que me alza».

Este libro es, además, un muestrario de modos estróficos de lo más diversos -marca de la casa-, empleados sin caer en el pastiche y asumiéndolos dentro de la ética y estética del poeta. Así, encontramos coplas, serventesios, soleá, romancillos, sonetos, haikus, tankas, incluso versículos de ritmo libre como vemos en «Exposición» o hexámetros, en el poema homónimo («Hexámetros»), uno de los mejores del conjunto. En este último, el autor logra maridar a la perfección el uso de dicho metro con referencias a la *Odisea*

y la *Ilíada*, demostrando así el formidable *fabbro* que es: «No en vano me acoge el ejemplo de un héroe: ¿no vengo / por mares sin fin como Ulises buscando y perdiéndome / mientras teje Penélope y luego desteje su tiempo?// [...] Ella y yo nos hallamos y no otra vez: el amor / carga contra los días insulsos y aún disponemos / de un caballo de Troya, que es la épica implícita, anónima».

En definitiva, estamos ante un libro que sin ser quizá lo más deslumbrante del autor, nos devuelve a sus temas de siempre, contados y cantados con frescura, coloquialidad, manteniendo el diálogo con los maestros a través de ecos, alusiones y citas, todo ello con el gran rigor técnico que le caracteriza desde sus primeros libros. Así, García-Máiquez demuestra, una vez más, haber aprendido como pocos la lección poética de Miguel d'Ors; aportando una nota personal y, a partir de los cimientos del maestro, construyendo un edificio poético propio que le convierte en uno de los poetas más destacados de su generación.

Alejandro V. Bellido